

www.elboomeran.com

Miguel Ángel Oeste

FAR LEYS

zut

© Miguel Ángel Oeste

© zut ediciones s.l.

Fotografía de cubierta:

© Mónica López Torres

Diseño original: milhojas. servicios editoriales

Producción editorial: Los Papeles del Sitio

ISBN: 978-84-616-8891-3

DL: MA-439-2014

A
Carlota, Elena,
José Miguel y Moy,
gracias a los cuales no estoy solo
entre tanta gente sola.

No quería romper el vínculo. Los muertos pertenecen a los vivos que más obsesivamente los reclaman.

JAMES ELLROY
(Mis rincones oscuros)

PRIMERA PARTE

Viví oculta tras la sombra de otra persona. Aguardaba una señal sin saber muy bien qué iba a suceder. Hasta que sucedió: la llamada de Richard West. Quería entrevistarse conmigo porque preparaba una película sobre Nicholas Rodney Drake.

Creo que le avisé la primera vez que hablé con él por teléfono: «Nick no está muerto o no es un muerto como los demás». Pero cómo estar segura de que se lo advertí como lo estoy de que acepté que me visitara. El pasado abierto y revuelto otra vez. El pasado: dos colmillos que se hincan en la memoria para chuparnos la sangre y dejarnos desmadejados y translúcidos.

De lo único de lo que estoy convencida es de que esta historia, en la que sobran las especulaciones, empieza con una visita y termina con una muerte. La historia de un músico ignorado durante su vida que empezó a ser escuchado según pasaban los años. Y la historia de un actor que fue admirado mientras vivió y olvidado con celeridad en cuanto murió. La histo-

ria de alguien que nació con el estigma de los vampiros: esa maldición e imposibilidad de verse reflejado en un espejo y de hacerse entender por sus contemporáneos.

Hasta hoy.

Hasta que la canción «Pink Moon» suena en un anuncio. Richard West la oye un día de lluvia en un auricular que le ha dejado una muchacha que se ha parado por la curiosidad que le ha despertado el rodaje. Siente que algo profundo ocurre dentro de él, como ocurre dentro de mí al oír su voz al otro lado de la línea telefónica cuando pronuncia el nombre de Nick Drake. La sensación de que alguien te muerde en el cuello y pierdes la condición humana para transformarte en un esclavo, en una sombra.

Lo extraño es que yo me ofreciera a Nick, manteniéndome virgen, por voluntad, en absoluto silencio, lo que la mayoría consideraría un sacrificio en los años sesenta de drogas, sexo libre y música, donde la gente escapaba a la mayor de las velocidades hacia ese País de Nunca Jamás que sólo alcanzaban los cadáveres bellos. Así, poco a poco, fui desapareciendo. Me convertí en un espectro que vivía en y para el pasado.

Tras su muerte quise escribir su biografía para seguir como fuera conectada a su imagen. Sin embargo, a pesar de haber preparado las entrevistas con las personas que lo conocieron y de anotar ideas y recuerdos, no fui capaz de empezarla. Dudaba de que aquello le interesase a alguien. Era otra forma de engañarme. Ofertas para escribir la biografía no me faltaron. Soy una periodista que había conocido al torturado cantante de folk. A eso había que añadirle los

rumores inventados sobre nuestra amistad. ¿A quién no le iba a interesar una historia así a medida que crecía la leyenda de Nick? Y pese a que nunca dejé de pensar en él, no fui capaz de empezarla.

Hasta hoy.

Ahora sé que voy a concluirla, aunque la cuente en una sola noche.

Sé que estoy obligada a hacerlo, que no me pertenece exclusivamente a mí, sino también a Richard y a Erika.

Lo vi en Richard cuando me visitó. Aquella perturbada obsesión de la que me alimenté sin ningún escrúpulo. Tal vez tendría que haberme dado cuenta, avisarle del peligro que corría si traspasaba ese indefinido umbral. No lo hice. Me divertía.

Hasta hoy.

El día que regreso a mi estado natural. A lo que he sido durante todos estos años. Una Mina Hacker anónima, sin caballeros que vayan a enfrentarse con el vampiro, con el fantasma. El día en el que, después de coger el periódico y desplegar sus páginas, ha vuelto a suceder: «Morir inspirado por Nick Drake», dice uno de los titulares de la portada del diario.

Aunque todo comenzó antes. Mucho antes.

Con alguien que desaparece para renacer y con alguien que aparece para morir.

—YA me dirás luego cómo conseguiste mi teléfono. Ahora contéstame, ¿de verdad crees que a la gente le podría interesar una película sobre Nick?

—Si no lo creyese no estaría aquí ni me habría tomado tantas molestias en encontrarla.

—Tutéame, Richard, no eres tan joven para que me consideres un vejstorio. ¿Cómo piensas que puedo ayudarte? ¿Y qué quieres saber de él?

—Todo.

—¿Todo? ¿Quizás lo único que te importa es desvelar el misterio de si su muerte fue un suicidio o un accidente? Porque eso no te lo puedo decir. Yo un día te diré que fue un suicidio y otro un accidente. Así que podrías ser más específico. ¿Qué significa todo?

Estaba jugando, poniéndolo a prueba para ver si titubeaba siquiera unos segundos. No lo conseguí. Apenas apartaba sus ojos de mí. No los apartaba ni cuando echaba hacia atrás su salvaje pelo castaño, ni cuando hojeaba una pequeña libreta Moleskine, ni cuando, con su robusta mano derecha, se frotaba la incipiente barba, ni cuando uno de los gatos se rascaba contra sus piernas reclamando caricias. Tan diferente y tan parecido a Nick, pensé. Sólo alguna vez apartaba la vista para mirar las cientos de muñecas que decoraban el salón.

—Bueno, usted..., tú lo conociste. Que fuera un accidente o un suicido no es relevante de momento. Eso ya lo veremos. Necesito que me cuentes todo lo que no ha salido a la luz, los secretos, la historia no oficial; las extrañas desapariciones que duraban días;

adónde iba o qué hacía si sus padres siempre dijeron que no tenía dinero ni para alquilar la habitación de un hostel durante esas huidas; si es cierto lo que un periodista insinuó acerca de los intentos de suicidio silenciados por sus padres; los rumores sobre su sexualidad...

—No vayas tan rápido. Supongo que a la gente del cine os cuesta ser concretos y saltáis de un extremo a otro... No, déjame seguir. Coincidió con él en la universidad. Conversábamos. Durmió en mi casa y pasamos tiempo juntos. Bueno, pues ni siquiera así me atrevo a afirmar que lo conocí. Nick era un acertijo. Un horizonte vago. Alguien hermético que no se abría a los demás. Un misterio.

—Los misterios se desvelan.

—Algunos son misterios perdidos. Yo misma pensé en escribir su biografía hasta que me di cuenta de que no valía la pena: era un camino equivocado y abandoné la idea. No pongas esa cara. Lo que pretendo decirte es que voy a ayudarte. Estoy segura de que con una película o una novela se puede alcanzar y sacar fuera una parte de la persona a la que la biografía no llega. ¿Entiendes, sabes a lo que me refiero? Ahora voy a preparar un té. Aunque estemos en Nueva York, como fiel inglesa, cumplo con las tradiciones. ¿Te apetece uno?

—Gracias. ¿Puedo fumar?

—Por supuesto. Me encanta el olor a tabaco.

En aquella época vivíamos envueltos en el humo de los cigarrillos. Hasta los pensamientos se impregnaban del olor a nicotina. Pero esto ya no sé si se lo dije al actor, que estaba acomodado en un sillón del salón apartando a los gatos que se restregaban contra

él, o me limité a pensarlo permitiéndole una escapada momentánea a mi memoria.

Nick sentado en un sofá con sus piernas largas cruzadas, con un Gauloises entre los dedos, marca que fumaban Jean-Paul Sartre, Albert Camus y los personajes de *Rayuela*, como si a cada pitada chupase algo del existencialismo; el tabaco, Gauloises y Gitanes, a los que Serge Gainsbourg y Jane Birkin cantaron. Él sólo fumaba Gauloises y marihuana. La calada colectiva de la marihuana en una fiesta en la que Nick estaba sin estar, como si hubiese nacido muerto. Nick da otra calada a su Gauloises o al existencialismo desde el sofá donde contempla a los invitados como si fuese un extranjero. Y yo lo veo, lo reconozco de Harlech, cuando paseaba por la playa junto a la casa de Victoria Ormsby-Gore. Debo de ser una de las pocas personas que compraron su primer disco. Deseo acercarme a él y hablarle: ¿qué le voy a decir?, ¿qué?, pienso. La fiesta y los recuerdos impregnados del peso viciado de los años y el olor de los cigarrillos. Inspira Janet McDonalds, pienso. Inspira y recuerda: alguien pasa una bandeja de porros, Nick coge uno, su Gauloises consumido, yo consumiéndome en la indecisión; la armónica de Bob Dylan suena de fondo en la fiesta como si pretendiera absorber el humo; los ojos me pican por el ambiente cargado; la moqueta está descolorida y llena de pequeñas quemaduras de las cenizas de los cigarrillos; los cuerpos que se mueven por la fiesta como si estuvieran dentro de una pecera; yo no me muevo, yo le miro y me repito: ¿voy o no voy? La armónica de Dylan pita y se confunde con la tetera de mi cocina, que avisa de que el agua está hirviendo. Desde la

distancia de la cocina le pregunto, ¿quieres un poco de leche, Richard?

—Una gotita fría —responde, mientras exhala el humo de sus pulmones y se mezcla con el aroma del té, y ya no sé si huele a té o a tabaco, un nuevo olor en la habitación adherido al pasado.

—¿Sabes?, a Nick suelo imaginarlo con un Gauloises entre los labios. Fumaba constantemente esos cigarrillos. Aspiraba cada una de las caladas a conciencia. A veces he llegado a creer que Nick era el humo que desprendían los cigarrillos, no la persona que fumaba. Y no sé si lo sabes, el eslogan de esa marca fue «Libertad siempre». De acuerdo, se ajusta a la época, sin embargo Nick nunca se sintió libre y conforme fue creciendo más atrapado se sentía. Disculpa el desorden de mis pensamientos. Quizá esta asociación obedece a que lo conocí en el baño de una fiesta justo después de que sacase el primer disco. Pero ahora siento curiosidad por conocer la manera en la que te propones revelar una figura tan escurridiza.

—Si te digo la verdad, aún le doy vueltas a cómo lo haré. Te confieso que cuantas más incógnitas aparecen más obsesionado estoy en ir más allá.

—Si estuvieras seguro de algo, no conseguirías nada. Hoy se dice que fue como un guía, un ángel, un profeta, alguien por el estilo. Se equivocan. Nick te muestra la oscuridad del más allá. Te cubre con ella para alimentarse. Y si no estás prevenido o no tienes la entereza suficiente, sucumbirás sin remedio. Puedes escuchar sus canciones, pero tras ellas hay algo más, una puerta que te enseña el abismo al que aludes. Robyn Hitchcock lo expresó muy bien: «Es una

maldición que envuelve al que escucha». ¿Te has quedado mudo o acaso piensas que soy una demente? Eh, igual lo soy. Así que tampoco hagas demasiado caso a lo que te diga.

—No creo que estés loca. Creo que haces tantas alusiones a fantasmas por una razón muy sencilla: tú eres la persona a quien él acudía en sus noches de insomnio. Su fantasma particular. Y tú, Janet, no eres otra cosa que el amor perdido de Nick Drake.

3

ERA la primera vez que Erika iba al plató de una película de cine. Hasta entonces sólo había hecho publicidad y una aparición muy breve en un capítulo de una serie de televisión. Se presentó al casting convencida de que si la elegían sería para uno de los papeles secundarios. Al finalizar la prueba la despidieron con aquellas palabras que tanto detestaba: «Te llamaremos». Cuando días más tarde le comunicaron que el principal personaje femenino era suyo, no pensó en que su carrera despegaba, pensó en Richard West, al que había conocido en la plaza de su ciudad hacía seis años.

El coche la dejó en el set, junto a la caravana que hacía las funciones de camerino. Llovía despacio mientras los técnicos se desplazaban por el escenario de prisa. La lluvia caía acompasada; entre gota y gota casi la misma frecuencia produciendo un contraste con los movimientos precipitados y bruscos de iluminadores, ayudantes de producción, meritorios y

del resto de los trabajadores implicados en el rodaje. Miraba por la ventana de la caravana el ajetreo de los preparativos.

«La lluvia atrae la conversación y ahuyenta a los curiosos», recordó que le había dicho él, antes incluso de preguntarle su nombre y después de grabar aquella escena hacía seis años y acercarse a ella, que se había detenido al ver a un grupo de gente agolpada en la plaza en pleno chaparrón y luego se quedó allí, absorta, por la fragilidad de aquella mirada color miel. La lluvia arreció y los curiosos se fueron yendo escalonadamente, menos ella, con los cascos del discman puestos, como si estuviera en trance.

Lo vio aproximarse con decisión después de que el director diese por concluida la escena. Se quedó quieta mientras veía cómo se acercaba, sonriente. Richard estaba empapado. Al llegar a su lado empezó a hablarle.

—No hay mejor sonido que el de la lluvia.

Ella se quitó uno de los auriculares y se lo entregó para que él se lo pusiera en la oreja. Lo invitó a colocarse debajo del paraguas. Las caras muy pegadas, casi tocándose: Erika con un casco en la oreja derecha y Richard con otro en la izquierda oían «el camino de la luna rosa». De vez en cuando, durante segundos, sus caras se rozaban, sentían la electricidad de la tormenta y la música. El paraguas se abrió en dos ocasiones; en la tercera, una de las varillas metálicas se rompió y tuvieron que dejarlo.

Richard le preguntó cómo se llamaba, le pidió el otro auricular y le dijo que esperase en el soportal que estaba enfrente; en un segundo traería un nuevo paraguas. Casi no se oían a causa del vendaval que

silbaba más fuerte, movía las señales de tráfico y los semáforos con virulencia, y antes de que los técnicos desmontaran los focos, provocó que uno cayera contra el asfalto. La voz que salía del reproductor silenciaba la bravura de la tormenta. Richard, con el discman en una de la manos, corrió hacia los camiones de producción. Cogió un paraguas y regresó a por la muchacha. Ella ya se había ido. La buscó en vano. Cuando terminó el CD, abrió el aparato y leyó: *Pink Moon*. Nick Drake.

Tocaron en la puerta del camerino. De los focos encendidos salía humo que parecía el vaho de miles de personas, aunque apenas había unas decenas tras las vallas de seguridad.

—¿Estás preparada? —le preguntó a Erika el ayudante del director.

4

EN la mesa del salón dejó el periódico con esa fotografía algo difuminada en la que Nick aparece sentado en un campo con la mirada perdida y las manos enlazadas sobre sus rodillas. Tengo la sensación de que la imagen desaparece poco a poco y se hace menos nítida cuanto más la contemplo. Su cabeza está ligeramente inclinada hacia la derecha, mira sin hacerlo o mira algo que no está ahí, sino allá, mucho más allá. Por la fecha que aparece en el pie de la foto, 1969, probablemente se la tomó Keith Morris. Aunque no estoy segura: sólo se indica el nombre de la agencia, Cordon Press. Vuelvo a torcer la cabe-

za. Miro la fotografía. Compruebo si todavía está. Al hacerlo, leo el titular de la noticia que sacude mi cerebro como si fuese una vieja batería en su último concierto, justo antes de que el batería la destroe poseído por el ritmo de la música y el sudor: «Morir inspirado por Nick Drake».

Sin ninguna certeza espero el material que el actor me prometió que me haría llegar si ocurriese alguna desgracia. La lluvia empieza a batir sus alas de murciélago contra la ventana para que la deje entrar. La lluvia facilita los recuerdos mientras me afano en completar las lagunas que Richard nunca podrá descubrir. La lluvia recupera a los que ya no están para que podamos conversar otra vez con ellos. A Rosie, la sirvienta birmana, que la familia Drake se llevó de regreso a Inglaterra. La llamaban Nanny, como a la mayoría de las niñeras de esa Inglaterra de sirvientes. Una niñera que jamás dejó de recordar a Nick como un niño rubio al que le gustaba jugar en la playa. Un pequeño que a lo mejor fue tragado por el océano de Birmania y luego reemplazado por otro, caviló en numerosas ocasiones Nanny o Rosie; porque el pequeño Nick, conforme pasaban los años, cada vez se iba más hondo y era cada vez más oscuro, se decía Nanny, pero pensando en Molly, la madre de Nick, que era quien lo entendía mejor y le susurraba nanas antes de dormir. La responsable de que su hijo empezara a tocar el piano, y de que, gradualmente, su frustrado apasionamiento por la música fuese transmitido a su pequeño descendiente.

Entonces ya está todo hecho: Drácula necesita la sangre de las vírgenes, Nick música virgen. La música que Molly había guardado tras casarse y solicita-

ba salir al exterior. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que transfiriéndosela a su propia sangre? A ese niño rubio que jugaba en la orilla de alguna playa de Rágún mientras su padre lo grababa con una cámara de super8 y Nanny los observaba preocupada, porque siempre había escuchado que el océano se llevaba el alma de los niños.

La superstición protege a los niños de su tendencia natural a la aventura. A algunos más que a otros. Demasiado. Aislándolos. O eso pienso. A mí no me hace falta siquiera meditar para afirmar que durante toda mi vida he estado sola, con una presencia que siento —pese a su invisibilidad— y otra que usurparon. Ian, mi hermano mayor de ocho años, jugaba a ser Tarzán, de árbol en árbol, o nadaba lejos, muy lejos. Ian trepaba árboles centenarios y la mañana de un sábado subía a una rama y pam, caía a mi lado. Yo lo llamaba con todas mis fuerzas, a gritos, pero no se levantó ni me habló aunque tenía la boca abierta como cuando Tarzán daba el grito de la selva. El mismo que yo di aquel sábado que traumatizó a mis padres para siempre. Tenía seis años. Desde el accidente mis padres se volvieron ultraprotectores conmigo. Encerrada, a partir de la muerte de *Tarzán*, en una *selva* con todos los lujos, pero también junto al grito de la selva que había dentro de mí, gritándome muy alto, tanto, que sólo yo lo oía. Gritos que supusieron que mi madre y mi padre, destrozados por la muerte de su primogénito y preocupados por los frecuentes comentarios que les hacía sobre los gritos de Ian atrapados en mi cabeza, comenzaran a discutir a diario y a preguntarse qué hacer con su pequeña Janet. Como a diario, en esa época, conversarían Rodney y Molly acerca de

si retornar o no a Inglaterra, pues a pesar de que en Birmania se vivía muy bien, Gabrielle y Nick necesitaban una buena educación inglesa. Era el momento de partir, decidió Rodney. Al mismo tiempo, mi padre zanjaba en contra de la opinión de mi madre que yo acudiría a un psiquiatra. Así, en el 52 —cuatro años después del nacimiento de Nick, un 19 de junio del 48, en el día en que yo me presentaba a mi primera sesión con el psiquiatra Patrick Harpur—, la familia Drake se trasladaba de la mansión colonial de Birmania al caserón de Far Leys en Tanworth-in-Arden. Una casa que con los años se reformaría y ampliaría hasta adquirir el tamaño de una mansión. Como mi cuerpo se modificaría y ensancharía tras años de ingerir pastillas de todos los colores y de todas las formas que me prescribía el psiquiatra. Unas pastillas que extirparon mi deseo por el sexo.

Ahora eso ya no importa.

Entretanto aguardo alguna señal de Richard y recuerdo a Nick que llamaba a su madre para que lo peinara. Acababa de salir del baño y se negaba a que Nanny lo peinase, reclamaba a Molly, que al final cedía y le cepillaba el pelo mientras le cantaba canciones lentas, antiguas, que nunca había oído. Canciones que él memorizaba para tararearlas más tarde. Madre e hijo se hablaban con miradas cómplices desde el espejo: felices de compartir aquellos instantes. Cuando terminaba y Molly besaba a Nick en la mejilla, él le decía que era su turno: cogía el peine y se esmeraba con la melena de su madre. Y también recuerdo a Molly que hablaba de su niño rubio de piel translúcida y de cómo levantaba las manos cuando oía las melodías de Bach o Mozart: «Cuando Nick era muy

pequeño, tendría un año o menos, cada vez que escuchaba música se ponía de pie y hacía gestos como si dirigiese una orquesta. Siempre decíamos que algún día sería un famoso director. Desde entonces, música todo el tiempo, a todas horas».

Después de tragarme mis pastillas vespertinas con un poco de té tibio, añado que todo salió según lo planeado; o casi, porque los deseos son perversos cuando se cumplen fuera de tiempo, sí, pero sobre todo porque están cargados de la peor de las tristezas una vez cumplidos.

Pienso en la predestinación dirigida de Nick, en Molly que aplaudía a su hijo cada vez que tocaba una pieza sin equivocarse, en Gabrielle celosa de su hermano menor, reclamando atención de sus padres —aunque pronto prefirió esa libertad; que siguieran atendiendo y protegiendo a Nick, y a ella que la dejaran en paz—, y en Rodney, contento al ver a su mujer de nuevo feliz. Pienso en esto e imagino Far Leys como una casa musical. Un hogar donde incluso cuando reinaba el silencio sonaba música. En Far Leys, si no había un disco puesto, Molly tarareaba o tocaba el piano y Nick la imitaba y Rodney grababa a su familia y Gabrielle se reía y hacía lo que quería y creía que en eso consistía la felicidad. El hogar de los Drake funcionaba con música y estaba decorado con aparatos musicales. Cuantos más, mejor. Y es que el mejor juego es tocar y escuchar *música todo el tiempo, a todas horas*, pensaba Molly. En Far Leys había un cuarto de juegos donde Nick y su madre hacían girar un gramófono de cuerda, ante la mirada ajena de Gabrielle, que hablaba con su muñeca preferida o se iba con una amiga para olvidarse de que sobraba. Y en el

salón, el protagonista era un magnetófono donde la familia y los invitados escuchaban música clásica. Y dado que el mejor amigo de los Drake fue la música, pensaron que se quedase, un invitado permanente, como hacía Drácula con los suyos. Para eso crearon la habitación de la música que se fue llenando de instrumentos, grabadoras, altavoces, amplificadores... Una habitación donde Molly y Nick pasaban la mayoría de las tardes tocando, igual que la percusión de la persistente lluvia que choca contra las ventanas y susurra mi nombre para que la deje entrar. Una lluvia parecida a aquella tormenta que provocó el accidente de avión el día que mi padre venía de regreso tras un viaje de negocios. Aunque eso ocurrió muchos años después.

Reconstruyo aquel pasado que también fue el mío, y, si no lo fue, con el transcurrir de los años he ido aceptándolo como mío. Me pregunto si verdaderamente todo lo que pienso son formulaciones propias o tal vez obedecen a pensamientos salidos de opiniones ajenas e incluso de las opiniones que nos formamos desde otras narraciones que ni sabemos cómo llegaron a nosotros.

5

—VAYA ocurrencia. Pero no eres el primero. Otros ya lo pensaron. Algunos seguro que todavía lo piensan. No, Richard. No fui yo el amor perdido de Nick. Sin embargo, no te equivocas cuando dices que fue mi fantasma. En eso estás en lo cierto.

—¿Y qué diferencia hay? Además, podrías estar mintiendo.

—De un modo que, a tenor de lo que he leído en las revistas sobre tu vida sexual, seguramente no entenderías...

—Deja al margen mi vida, no tiene nada que ver con la película.

¿Cómo decirle a este joven que soy producto de los conservadores y falibles años cincuenta? ¿Cómo convencerle de que en la década del amor libre, del LSD y de los Beatles yo era virgen? ¿Cómo explicarle que provengo de una familia pudiente en la que, en atención al buen gusto, se había extirpado cualquier referencia a todo lo que tuviera que ver con el sexo? ¿Cómo mostrarle que nunca tuve necesidad de trabajar, y que si trabajé como periodista fue para no aburrirme? ¿Cómo decirle que soy virgen y frígida y otras muchas cosas? Por todo esto yo me fijé en Nick. Quise proyectarme en su imagen.

—Entonces, ¿es verdad que hubo alguien en su vida?

—Eso es lo que se ha especulado con el paso de los años, sí, pero, ¿realmente existió esa persona? Y si existió, ¿cuál fue la razón de que se mantuviera en secreto? ¿Y cómo sabes que el nombre que yo te pueda facilitar será el de esa hipotética persona?

El té gira recitando un mantra. Las volutas de humo de los cigarrillos de Richard se enrollan sobre sí mismas en el espacio, como mis preguntas se enroscan en la memoria, difusa, inestable, clavada de rótulos ajenos.

—Janet, ¿crees que me conformaré con el nombre que me des si finalmente lo haces? No. Por su-

puesto que no. Mi propósito es entrevistar a todas las personas que lo trataron por un motivo u otro. A Joe Boyd, Robert Kirby, Brian Wells, Keith Morris, Linda Thompson...

—¿Vas a enumerarme todos los nombres a los que piensas entrevistar?

—Si eso sirviera para algo, sí.

—¿Piensas que alguno de ellos te revelará al menos una cosa distinta de lo que ya han dicho públicamente?

—Un nombre.

—Tal vez. Pero ni siquiera con ese nombre tendrías todas las piezas perdidas del puzle. Podrías acumular fragmentos. Sólo eso.

—La impresión que tengo es que pese a estar muerto se le sigue protegiendo, igual que si fuese un niño desvalido. ¿O acaso tenéis miedo?

—También tú has reconocido ese miedo.

—Mi obsesión. Ése es mi miedo.

—La obsesión que te genera alguien que está sin estar. Resulta curioso, ¿lo habías pensado?

—No le tengo miedo ni a los muertos ni a los vivos.

—¿Y a los fantasmas?

—Déjate de juegos infantiles. Respeto tu decisión si te niegas a desvelar el nombre de esa persona, ya lo hará otra. Pero ahora dime, ¿te escribió alguna carta o conservas fotografías suyas?

—Tienes poca paciencia o te das por vencido muy pronto...

—Estás aburrida, Janet; ¿crees que soy idiota? Yo no soy la diversión de nadie. Haría cualquier cosa por conocer el nombre de esa persona.

- ¿De qué serías capaz si te descubro el secreto?
—Prueba...
—¿Te acostarías conmigo?
—Más bien haría el esfuerzo, porque no eres mi tipo...
—¿Y tu mujer?
—¿Qué pasa con ella?
—Ya veo. No te preocupes. El sexo no me interesa. Jamás me ha interesado. Te pediría algo más...
—Suéltalo y deja el suspense para la película.

6

DE pie, desnuda, con un bolígrafo en la mano, Erika miraba el almanaque colgado en la pared de la caravana que hacía de camerino. Del exterior, los sonidos colándose acolchados, y las luces, en horizontal, filtrándose por los huecos de las persianas. Erika marcó en el calendario, con un círculo, el día en el que se encontraba. Su último día después de cuatro semanas de rodaje en Londres. Una circunferencia, una decisión, pensó; hasta que fijó la vista en los irregulares trazos alrededor del número y éstos empezaron a simbolizar las temblorosas digresiones de su pensamiento. Escuchaba el rechinar de los zapatos de los trabajadores moviéndose por el set, el viento que hacía silbar las persianas igual que un acordeonista inexperto, los golpes metálicos armando la vía para el traveling de la cámara, el altavoz de una radio que pronosticaba una nueva borrasca... y, de fondo, repitiéndose como un bucle, el bolígrafo con el que seña-

laba el discontinuo círculo en el calendario. Como si hubiese quedado atrapada en ese intervalo de tiempo, como si el bolígrafo presionara su cerebro en busca de una salida que retrocedía constantemente a la primera vez que él se acercó a ella. Como si no existiera nada más.

—¿Qué haces, Ka? —preguntó Richard, aún tumbado en la cama bajo las sábanas—. Ven aquí.

Llevaba cuatro semanas acostándose con él. Desde el primer día de rodaje. Desde aquella escena filmada bajo la lluvia con el cielo de color gris. «¿Sabes que la lluvia atrae la conversación?» —le había dicho ella, justo antes de que el cineasta gritara aquello de «¡Acción. Se rueda!».

—Ven a la cama —dijo Richard.

Ella arrancó del calendario la hoja del mes de agosto con ese círculo que significaría, en apenas unas horas, un adiós. Las preguntas seguían revoloteando en su cabeza; las preguntas sin respuesta tras el paso del verano. ¿Qué pretendía ella con una estrella de Hollywood, con alguien que tenía fama de meter en su cama a todas las actrices con las que trabajaba? Y sobrevolando estas preguntas la que él había jadeado la noche anterior mientras sus cuerpos eran serpientes en un charco: «¿Por qué no te quedas?».

Erika, todavía desnuda y de espaldas a esa cama individual cuyas sábanas olían a nicotina, sintió cómo Richard pulsaba el play del equipo de música. En cuanto oyó el clic de la tecla no le hizo falta adivinar la voz que estaba a punto de resucitar en el aire espeso de la caravana. Había sido ella quien se lo hizo escuchar por primera vez.